

# LA REVISTA

SEMANARIO DE CIENCIAS Y LITERATURA

Redactores — Joaquín de Salterain, M. Herrero y Espinosa, A. Gomez Ruano, A. Terra, Jorge Sosa Díaz, Juan César Roldós, Saturnino Alvarez Cortés.

AÑO I — NUM. 22

Administrador: Miguel Alvarez Cortés

Suscripción á 4 núms. \$ 0.60

## LA REVISTA

Montevideo, Octubre 31 de 1880

**Sumario** — Crónica de la semana — *Literatura*: A una mujer, por Ibn-Chaldun — *Varietades*: Las visitas, por Deucalion — El país de las ruinas, por A. R. — *Poesías*: El último adiós, por A. Magariños Rocca — A la memoria de Gaspar Alonso Gutierrez, por I. Oga zon y Merino.

### Crónica de la semana

Carísimas lectoras y lectores míos. Ya no molestaré vuestros oídos diciéndoos que D. Agustín de Vedia es un buen mozo y D. Julio Herrera y Obes un *galantuomo*.

«*La Revista*» no es un periódico político, y por ende, no debe ocuparse de asuntos de carácter dudoso, en opinión de alguno.

Con esto queda explicado mi silencio, en lo relativo á semejantes cuestiones.

En los momentos en que escribo estas líneas, penetra en mi alcoba un ciudadano de raro aspecto y fisonomía llorona, rogándome le ayude á salir del apuro donde le ha metido el ojo avisor del gallo policial.

El asunto es muy sencillo.

El individuo aludido era dueño de una Milady de raza canina, que generosamente donó á la clase de Fisiología de nuestra Facultad de Ciencias médicas. Pero el gallo policial, que ignora el traspaso, jura y perjura que ha de pagar el donante la multa correspondiente, ó condenará á la donada á sobrellevar los efectos de un boliche estriónico.

Y sabéis lectores míos lo que es menester para salvar á entrambos?

Que mi mano rubrique un certificado, por el cual se demuestra que la señorita Diana (así se llama) pertenece á la Nación, á la Nación Oriental se entiende.

He pensado los tormentos á que se verá sujeta la infeliz, he creído que tal vez era preferible acortar sus días de vida y sin embargo he firmado.

¡Cuántos Ministros, no pondrán su rúbrica en

asuntos análogos, creyendo hacer un gran servicio al país!

Los acontecimientos teatrales de la pasada semana han sido: en la comedia, la representación de *I Fouchambault*; en la ópera, la de una obra nueva, *Ofelia*.

Sencillez en el plan, verosimilitud y maestría en la pintura de los caracteres, desenlace apropiado: todo lo ha tenido en cuenta el académico francés y todo lo ha realizado, como solo él sabe hacerlo.

En nuestro humilde juicio *I Fouchambault*, es una de las buenas piezas del teatro moderno y su interpretación en la noche del Martes último, ha correspondido plenamente á la fama.

*Ofelia*, ópera nueva, letra del Dr. Zorrilla de San Martín y música del maestro Calvo, subió á la escena en el Teatro Solís, en la noche del Jueves.

La circunstancia especial de ser una obra nueva, así como la de haber trascurrido poco tiempo desde su primera representación, no ha permitido á los críticos estudiarla detenidamente y pronunciar su fallo decisivo, sobre todo en lo relativo á la parte musical.

La letra no está en idénticas condiciones, pues corre desde hace tiempo publicada en casi todos los periódicos de la capital y aunque el juicio que nosotros emitieramos sería de todo punto desautorizado nos permitimos avanzarlo, siquiera por abrir campo á la discusión.

Los versos de *Ofelia*, como interpretación de los del inspirado poeta inglés, nos parecen faltos de verdad; como creación, desprovistos de ingenio y muy por debajo de cualquiera de las composiciones del ilustre autor de la *Leyenda Patria*.

Con mas tiempo y detenimiento, fundaremos esas afirmaciones, que, en nuestra humilde opinión, diferencian por completo el Zorrilla, poeta lírico, del Zorrilla, poeta dramático.

En la representación que hizo la Compañía Tessero-Morelli, del signor Alfonso, obra de A. Dumas (hijo), notamos la metamorfosis ope-

rada en las ideas del autor, de cuando escribió ese drama, á las que ha desarrollado en su primer folleto sobre el matrimonio y el adulterio.

Allí, pedia perdón para la esposa infiel, y en esta el único medio de salvación para el honor del ultrajado, es el puñal homicida en manos del esposo.

Es un cambio digno de la época.

*Diálogo de una Cámara*—Un diputado—Sería conveniente tocar tal punto—Todo se andará.

—Si el palito no se quiebra.

—No hay cuidado.

—Se puede partir por el medio.

—Hombre no sea zonzo.

*Tableau.*

Pasó en Turquía.

Para concluir insertamos una producción... agrícola del «Argos» del Durazno.

Nos permitimos subrayar algunas palabras:

El jueves nos hicimos cargo de la dirección administrativa de este humilde periódico.

Nuestras *amables lectoras* hallarán en este *apóstol ciego de cupido*, un fiel intérprete de sus sentimientos; con que suscribirse toda la Villa á «El Argos».

*Ibn Chaldun y Sac.*

## LITERATURA

### A una mujer..

(Carta segunda)

¡Brisas aladas, céfiros blandos, garrúlas aves!—Vosotras con cuyos suspiros y gorgéos me arullasteis, como las ondas, como los aires, como los sueños. Refrescad mi memoria, murmurad en mis oídos, modulad acentos de cariño en mi ventana.

Yo espero, yo vivo, yo sueño con vosotras, sintiendo en mis oídos el eco de tu voz.

Y ahora que estás á mi lado, y ahora que siento refrescada mi mejilla con la humedad de tus labios: cuéntame, dime adorada mía cuánto me quieres.

Pero tu faz languidece, tu memoria se estingue, tus párpados se cierran.

¿Que te pasa, qué sientes, qué quieres? ¿No me respondes,—permaneces indiferente y fría? Dime, dime que tienes.

¡Se ha dormido!

Se ha dormido, como la espuma en la superficie de las aguas, como el recuerdo de la ofensa en el placer de la reconciliación, como la lágrima en la mejilla del desterrado!

Entre sus labios vaga una sonrisa, como en

un cielo espléndido una nube juguetona. Y su frente descansa en mis hombros, como el viajero á la sombra de un árbol.

¡Quién pudiera comprender sus suspiros, adivinar sus pensamientos!

¡Qué no daría, por conseguirlo, yo que te adoro como el pastor adora la lozania de los prados, como Ossian el bardo de cabellera lueña y pálido rostro, los huracanes y la soledad!

¡Oh dulce sueño! Como las brisas  
Como las ondas,  
Dejad que arrulle sus alegrías  
Con mis congojas.

Ave canora, tu que cantabas  
En su ventana,  
Tiende á lo lejos el ráudo vuelo,  
Bate las alas.

Duerme tranquila,  
Entre mis brazos  
Duerme alma mía.

Alados génius, sobre sus ojos  
Sobre su cuello,  
Como las nubes, como las sombras  
Tended un velo.

Mientras yo canto, mientras yo lloro,  
Y en su albo seno,  
Y en su pupila y en su mejilla  
Estampo un beso.

Duerme tranquila  
Entre mis brazos,  
Duerme alma mía.

Cuanto deben amar los que así sienten, murmurarán tus labios, después de haber leído mis anteriores renglones.

¡Cómo te engañas!

Esas frases las arranca el romanticismo de los primeros años, cuando no son el recurso obligado de todos los galanteadores.

Amar eterna, inmensamente: hé ahí la aspiración, la nécia credulidad de muchos: hé ahí el resultado de una educación basada únicamente en el culto de la forma y en el amor á todo lo imposible y fantástico.

Sigue leyendo: medita lo que voy á decirte y verás si me equivocó.

Veinte mil veces, la costumbre te habrá hecho recordar como debes emplear las horas del día. Tanto para la labor, como para el estudio y tanto para el paseo.

El día que inviertes el orden establecido, te falta algo ¿no es cierto?

Pues bien; al espíritu le sucede lo mismo. El nuestro se alimenta, por lo general, de historias y de romances, donde lo inverosímil se une á un concepto equivocado de la belleza. Vivimos de ilusiones, de una especie de éxtasis intelectual.

Con ese contingente penetramos en el gran mundo, donde todo conspira, en un principio á exajerar mas nuestras ya exageradas convicciones.

El bullicio de los salones, el espectáculo nuevo que ante nuestros ojos se despierta: todo conspira en ese sentido. Con que intensidad repercuten en nuestros oídos entonces las primeras frases de amor!

El mundo es un paraíso, un orden delicioso, habitado por ángeles.

Estamos enamorados; pero, no de los hombres, ni de las mujeres, sino del amor, del amor puro, eterno, infinito.

Como tiene necesariamente que suceder, nuestros sentidos ávidos de conocimientos y de impresiones, alcanzan, por uno ú otro motivo, á comprender que el mundo real difiere en algo del mundo que hemos soñado; el crítico se modifica; el antiguo estímulo de aquel paraíso de nuestra propia invencion, cesa de obrar con tanta intensidad como antes y caemos ó en el hastío ó en el escepticismo.

Nos pasa algo parecido á lo que les suele acontecer á los tomadores de ópio. Cuando les falta el escitante, caen en el marasmo, en la inercia, en el decaimiento gradual y progresivo de todas las fuerzas.

Por mas que te halague, por mas que arrulle tu vanidad de mujer; no creas, amiga mia, en esas pasiones de novela que debilitan y enferman.

La pasion que describo es la síntesis de la vida, el punto objetivo donde convergen nuestras determinaciones y concibiendo á esta como una esfera, su centro estaria representado por el amor. Por consiguiente, todos los ródios que á él emergen y de él emanan, tienen la misma longitud. Idéntica distancia al crimen, como á la virtud, á la felicidad, como al dolor.

Comprendes pues, cuánta presencia de espíritu se necesita, cuánta clarovidencia de los hechos, para no confundir unos ródios con otros y seguir aquel que nos lleve á puerto seguro?

Pero no basta diferenciar, lo grande de lo pequeño; lo sublime, de lo ridiculo; el amor, de su falsificación. Menester es amar aquello ver-

daderamente digno de ser amado y amarillo primero reflexiva, luego instintivamente.

Me imagino verte suponiendo que me pierdo en nebulosidades; creo mirarte arrojar lejos de tí estas páginas, agregando luego: esto es mucha filosofia para una mujer.

Por lo que mas estimas, te ruego, sigas leyendo tan desaliñados renglones, aún cuando no sea sino por complacerme, aún cuando no sea sino por aquello de que entre mucho malo, suele haber algo regular.

Te he dicho que es menester amar siempre lo grande y vas á ver cuánta importancia tiene el culto de esta doctrina.

Imagina á cualesquiera de tus amigas, casada con un hombre dedicado al ejercicio de una profesión, ó al desempeño de un elevado cargo.

Supongámsle magistrado y supongámsle volver á casa rendido de cansancio y preocupado.

Ha tenido que firmar la sentencia de muerte de un criminal; ha podido perdonarle y le ha condenado, porque así se lo decia su conciencia.

Ese hombre, que es honrado y sensible, necesita palabras de consuelo, frases de cariño inspiradas en lo abnegado de su conducta. Tiende los ojos á su alrededor, piensa en su mujer y sus hijos, y vuelve á cerrarlos, porque ni aquella ni estos le comprenden.

Porque su mujer ignora lo que significa la enerjia del sacrificio, la abnegacion del deber.

Se resignará el paciente esposo á prescindir de sus asuntos en el seno del hogar?

¿Qué inmenso vacío no debe sentir su alma y qué de estrañar ceje en sus propósitos muchas veces, ó busque otras tantas en el círculo de los amigos, en el club ó en el café, lo que en casa le falta!

Cosas de política, asuntos de hombres, dicen las mujeres, en casos semejantes.

¡Ay! mi querida amiga, ¿porqué vosotras no habeis de conversar y de interesáros en lo que á nosotros nos interesa?

Eso no quiere decir que las mujeres deben de ser politicas ni marisabidillas, no, que el hablarte de París no presupone la necesidad de que yo haya visitado aquella metrópoli, ni cosa semejante.

Pero tu no has de ser así ¿no es cierto? Tu eres buena, discreta y virtuosa y para mí, por todo eso, doblemente querida.

Piensa lo que has leído, trabaja, siempre trabaja por que á ese precio se compra el derecho de vivir y de gozar, y espera otra mia, que no ha de tardar.

*Ibn-Chaldun.*

## VARIEDADES

## Las visitas.

## I

Cuando recuerdo mis buenos tiempos en los que, adornado con mis tres galones de capitán de caballería, visitaba á mas de veinte familias, pasando agradabilísimos ratos con mis amigas; cuando recuerdo esos tiempos, repito, y los comparo con los presentes, no puedo por ménos que exclamar: ¡lo que vá de ayer á hoy!

Si lectores amables, en aquellos tiempos, Deucalion ó sea el autor de estos renglones, cuya vida de militar conoceis, pues que «La Revista» tuvo á bien cederle sus columnas; en aquellos tiempos visitaba á todas mis relaciones sin que nadie se preocupara de saber adonde iba, ni lo que hacia, ni lo que pretendia, ni mucho ménos trataba de indagar mis intenciones.

Pero hoy; ¡hoy no es lo mismo!—A pesar de que mi cabeza ya cuenta algunas canas, si visito en la casa de la familia de X, al otro día es materia mi visita de conversaciones por el estilo de la siguiente:

Antonio, sabes que anoche Deucalion, estubo de visita en casa de la señora de X.

¡Si! pues ya me esplico todo.—En el recibo del Lunes pasado bailó tres piezas con la hija mayor de esa señora.

Ah! entonces tienen amores.

Hombre, y deben casarse muy pronto, porque Deucalion tiene un regular pasar y además, su sueldo de capitán.....

¡Es claro! deben casarse muy pronto.

¡Deben casarse!

Y Antonio encuentra veinte amigos por la calle á quiénes dá la noticia de mi próximo casamiento; y el amigo de Antonio la cuenta á otros cincuenta; y al llegar al otro día de visita á casa de mis primas, me reciben reprochándome que nada les he dicho á ellas, siendo así que lo sabe todo Montevideo, y yo esclamo asombrado: ¿pero que es lo que sabe todo Montevideo?—mientras que mis primas continúan diciéndome: ¡Parece mentira!—Después de tantos años de amor con la otra, dice la una.—Te aseguro, que no me gusta la compañera que me quieres dar por prima, chilla la otra.

Pues es muy bonita, grita la tercera.

A mí no me gusta, dice frunciendo el ceño, mi señora tía.

Y crece la algarabía, y mis primas gritan, y mi tía rie, hasta que yo, recordando mis buenas épocas de militar, doy un grito tremendo que

hace estremecer de miedo á la femenil reunion, diciéndoles, ¿desean ustedes decirme si me quieren tomar por juguete?

Mis primas callan un momento, y entonces mi tía con voz grave y reposada, dice: Con que te casas, después de tanto....

No dejé concluir á mi tía la frase, pues di el mas espantoso salto que ha dado un hombre sobre una silla.—Al verme en ese estado mis primas desataron su lengua otra vez.

Con que ya le has hecho un regalo, decia una y á nosotras no nos habias dicho nada.

Con que ya has alquilado una casa en la calle del Guarani, decia la otra, y vas á comprar de nogal todos los muebles.

Me serené un poco y sonriendo les dije: y ¿quién es mi futura esposa, vuestra futura prima?

La hija mayor de la señora de X.—Está gracioso esto, dijo sonriendo mi tía, crées que vivimos en la Luna, que no sabemos lo que sabe todo Montevideo.

Me despedí apresuradamente de mis primas y de mi tía, salí á la calle, y mientras seguia el camino de mi casa, repetia con un acento tristísimo:

¡Casarse! ¡Soñar! ¡Casarse!

## II

El aire de la noche serenó un tanto mi espíritu, y algo repuesto de la impresion que acababa de recibir, penetré en mi casa con esa tranquilidad y sangre fria, conque un hombre de treinta años, y militar por otra parte, llega á entregarse en brazos de Morfeo.

Habia dado al diablo á mis primas, y á mi tía, y á la familia de X, y me disponia á leer un nuevo «Manual de Ataques á la Bayoneta» esperando que con su lectura el sueño descendiera sobre mí.

Por cierto, que ni soñaba con la batalla que me esperaba.

Al penetrar en mi casa, lo primero que me asombró fué ver luz en el comedor; subi las escaleras como un relámpago y como empujado por misteriosa fuerza; me planté en la puerta del comedor y divisé uno de los mas patéticos cuadros que he visto en mi vida.

Mi madre y mis dos hermanas tenian los ojos encendidos y húmedos, como personas que habian llorado mucho; mi padre parado en un rincón del comedor, tenia fija su vista en el reloj que estaba en el otro extremo; yo no sé lo que mi padre trataria de buscar en el reloj, pero, permitidme este pequeño aparte, mi padre estaba hermosísimo aquella noche, parecia una es-

tátua con su altura magestuosa, sus cabellos blancos, su posicion varonil.—Continúo.—Mis dos hermanos pequeños estaban acurrucados en otro rincón, como para prestarse mútuo calor, pues me olvidaba decir que aquella noche hacia frío, hasta mi perrillo, mi Top, parecia preso no sé de que extraña enfermedad.

Mis buenas noches, dadas con cierta timidez, hicieron un efecto parecido al estallido de una bomba en medio de la reunion!

Comenzaron los llantos de mi madre y mis hermanas; los chicuelos, sin saber por qué, comenzaron á llorar; mi padre me dirigió una mirada terrible y abrumadora, y Top, mi perrillo, al escuchar aquel desconcierto, formó parte de la orquesta dando unos ahullidos tristes y prolongados.

Lo confieso ingénuamente, padeci mucho con aquel espectáculo, que, visto en otra casa que no fuera la mia, y representado por personas que no fueran de mi familia, me hubiera hecho reír.

¡Se casa! dijo tristemente mi hermana segunda.—¡Se casa! murmuraron mi madre y mi otra hermana, y como una burla espantosa ¡se casa! gritaron con voz chillona mis hermanitos.

¡Pobre Top!

En ese momento se colocó dentro del campo de accion de mi mano y lo suspendí en el aire dándole un pellizco atroz.—Lo cierto es que el número de los increpadores disminuyó.—Top no volvió á decir nada en toda la noche.

Me revestí de toda mi seriedad de capitán y comencé este pequeño discurso:

No es cierto que me case....

Toda la reunion dió un salto de alegría, y continué:

Y tan no es cierto que me case que, nadie mejor que vosotros lo sabeis, tengo pedida á Pirra para dentro de cuatro años.

No era porque te casáras, dijo mi madre—sinó porque decían que te casabas con una niña que recién conocés, cuyas condiciones buenas ó malas ignoras; pero por lo demás, ya tienes edad para casarte.

No es cierto—replicó mi hermana menor—no tiene edad, y si se casa ¿quién nos llevará después á los bailes?

Mi padre que oyó el giro que tomaba la conversacion nos dió las buenas noches, mientras nosotros nos quedamos á tomar una taza de té con leche antes de acostarnos.

¡Pobre Top! ¿Ya estás curado del pellizco?—Toma esta sopa de té con leche.—No hay á que decir que Top no se engulló una, sinó media docena de sopas.

Entretanto les repetí hasta el cansancio: ya sabeis; de casarme, con Pirra ha de ser y con nadie mas que con Pirra.

Las tazas estaban ya sin líquido.—Nos despedimos mutuamente y cada cual se fué á su cuarto.

Yo comencé á leer el «Manual de Ataques á la Bayoneta», me quedé profundamente dormido, pero debido sin duda á la lectura, estuve soñando toda la noche con que oía «corte por la derecha» «corte por la izquierda» y «á la carga.»

### III

La última y mas conmovedora escena de esta tragi—comedia tuvo lugar en casa de mi verdadera novia.

Como tengo costumbre, el Sábado me vesti algo mejor que todos los demás dias, mi cabello brilló mas que otras veces debido al tónico que le apliqué, mi bigote relumbraba á causa de la Brillantina que le habia puesto; mis grandes bigotes rubios estaban atrayentes esa noche, lo confieso sin rubor.

Á las ocho de la noche penetraba en casa de mi adorada Pirra, licencia que solo me permitia una vez por semana, y esto en día Sábado.

Asi que hube penetrado en la sala comprendi la situacion critica en que me encontraba.—Mis dos futuros suegros estaban sentados en el sofá; en un sillón contiguo al sofá mi futura cuñada mayor. Mi novia no estaba allí—Primer signo de tremenda tempestad.

Empecé á conversar del tiempo malo: mi suegra se apoderó de mi dicho y dijo con mal contenida rabia: malisimo tiempo.

Al oír esto yo, exclamé: tiempo pésimo; y continuamos mi suegra y yo dándole adjetivos á cual mas tremendo al señor tiempo, hasta que, sin saber porque, ni cómo, nos encontramos, mi futura suegra y yo, mirándonos con ojos encendidos por la cólera y midiendo cada cual el pescuezo del contrario sobre el que debian actuar nuestras manos. En ese instante un grito desconsolador y triste resonó en la sala y apareció Pirra, llerando á mares, con el cabello suelto, las ropas en desórden y, sin saludarme siquiera, se abrazó á su mamá, diciendole: dejalo mamá, que sea feliz con la otra; y al decir esto cayó sobre la alfombra presa de un ataque de nervios terrible.

Sin darme siquiera cuenta de lo que hacia, caí de rodillas junto al cuerpo de mi adorada y sentí en mis ojos algo que debieron ser lágrimas, pero todo en vano, Pirra gesticulaba de un modo espantoso; retorcia sus manos, echaba espuma por la boca, mientras mi suegra aplica-

ba un frasco de álcali volátil á las narices de mi amada — Al sentir el picante olorillo de ese líquido, capaz de conmover á un cadaver, mi Pirra se levantó del modo mas trágico, con los ojos enormemente abiertos, los lábios contraidos y las narices dilatadas; escondió una de mis manos entre las suyas y me dijo con un acento lleno de amargo desencanto: voy á buscar la paz en un convento; que sea Vd. feliz con la hija mayor de la señora de X.

Mi suegra agregó: la culpa de todo esto la tenemos las madres, que dejamos entrar á capitanes de caballería en nuestras casas — Ah! no caeré otra vez en esta maldita falta.

Mi cuñada mayor exclamó: yo tambien tengo la culpa, pues que he ayudado á Pirra en sus amores, pero aseguro, que de aquí en adelante no volveré á hacer semejante disparate.

Mi Pirra entonces, no ya con ataque de nervios sino desmayada, cayó en brazos de mi suegra y mi cuñada, formando las tres un soberbio grupo, mi suegro se irguió altanero entonces y levantando su mano derecha con gravedad cómica me señaló la puerta de la sala.

Yo sin darme cuenta de lo que hacia, me lancé á toda carrera hácia la escalera, crucé mil calles, atravesé cien plazas hasta que, rendido y fatigado, llegué á mi casa; me acosté, no á dormir sino á llorar como un chiquillo.

¡Pobre Pirra! tú fuiste la victima de aquella espantosa embrolla.

Hoy Pirra está casada; tiene tres muchachos mas rubios que tres soles.—Pero esto es materia de otro artículo.

#### IV

Habéis visto las terribles consecuencias que trae en nuestra época entrar de visita en una casa de familia.—Responde ahora lector—¿después de estos antecedentes, te atreverás á entrar de visita en alguna casa?—Lo dudo.

Y lo dudo por noventa mil novecientas noventa y nueve razones, siendo la primera, la de que no faltará gente que sepa que has hecho una visita, y que esa gente tendrá amigos á los que cuente esa noticia, y esos amigos se lo comunicarán á vuestras primas, á vuestros padres y á vuestra verdadera novia, y todos os armarán un alboroto parecido al que á mí me hicieron y concluiréis por tener ideas de suicidio, cómo á mí me aconteció.

Resulta, pues, de todo lo que acabo de narraros, que es imposible visitar en una casa en la que hay niñas casaderas, porque al instante os forjarán matrimonio, diciendo que hasta los

muebles los tenéis comprados.—Resulta que la edad presente no os permite tener amigas, ni pasar un rato agradable con vuestras relaciones femeninas, porque el solo ideal de los actuales tiempos se encierra en el vinculo eterno é indisoluble del himeneo.

Os aconsejo, lectores, (habla la experiencia) que visiteis solamente á los matrimonios sin hijos (y esto no muy frecuentemente) ó á los que teniéndolos, están aun en la edad de la lactancia; si este consejo no seguís os exponéis á tranques tan amargos como los que yo he pasado.

Estoy bien seguro que vosotros me direis; pero es bárbaro eso de no poder visitar á los amigos.—Es cierto, os contesto, pero.... peor es visitarlos. Suponed que visitais en una sola casa y os retirais despues de cierto tiempo; dicen que habeis engañado á una niña; (ó que os han engañado á vos) por el contrario, visitais en veinte casas; os llaman calavera, os dicen que estais engañando á veinte niñas, y, ¡quién sabe cuantas historias vuestras no murmuran á *sotto voce*, tratando de explicar vuestra permanencia en el estado de soltero!

¡Oh tiempos! ¡oh costumbres!

*Deucalion.*

### El país de las ruínas

A cualquier parte á donde se encamine el hombre en sus peregrinaciones por la tierra, encontrará: ó las ruinas de la naturaleza ó las ruinas de la historia. Sea que visite las regiones polares y las zonas templadas, ó se detenga en la zona tórrida, en todas estas y en todos los pueblos tropezará con esos dos paisajes de lo pasado: la naturaleza que se desmorona para reconstruirse, los pueblos que desaparecen para sepultarse.

En su lucha con el tiempo, la naturaleza es siempre victoriosa. Cuanto en ella se derrumba, vuelve á su seno: si destruye, es para edificar, si abandona sus vestidos, es para ataviarse de nuevo. Siempre armoniosa, siempre fecunda, siempre jóven y activa, ella es la imágen del fénix de la fábula, que renace de sus cenizas. Sus demoliciones son progreso, sus cambios, atractivo; su movimiento, la vida: para ella, la luz, el fuego y el agua, la planta, el animal y el hombre, á pesar de sus quimeras de mando.

Una ruina en la naturaleza física es un cambio de forma, una variante del paisaje, sin que la armonía del conjunto desaparezca, sin que la paleta del artista supremo haya necesitado de nuevos colores.

No así las ruinas de la historia, que pasan y se derrumban como las civilizaciones que ellas simbolizan, y desaparecen del todo cuando en la memoria de los pueblos se borra la última página de lo pasado. Las ruinas de la historia son los sepulcros de la humanidad, á los cuales visita el hombre como huésped y se detiene como artista ó filósofo, para meditar sobre las tumbas ennegrecidas por el tiempo, bañadas á toda hora por las ráfagas del olvido.

¿Que queda de la antigua Atenas, y de aquella Roma que fué la Señora del mundo? Columnas derribadas, muros envejecidos, estatuas rotas, obras del arte mutiladas por los siglos, restos de una grandeza perdida en la soledad de los sepulcros. Desapareció el hombre antiguo, y quedó el polvo de sus obras; y vino la planta á buscar asilo en derruidas ojivas: el animal selvático, su guarida entre las grietas de los escombros cesáreos, el ave su nido entre los frisos cubiertos de musgo, mientras la gota de agua en su misión constante debía desintegrar los pórfidos y mármoles de la historia, para dejar los átomos libres en solicitud de nuevas combinaciones.

Palmira no nos hablará mas de Zenobia; oculta sus ruinas en el oasis del desierto que la sirve de mortaja. Heliópolis, la ciudad del sol, sirve de guarida al montañas, feroz que atisba la carabana. De Cartago, la sultana del Mediterráneo, apenas un monton de escombros recuerda su antiguo poderio — Ya no existe ninguna de las cien puertas de aquella Tebas que fué emporio de civilización: pueblos nacientes se distribuyeron el botin de sus ruinas, mientras el limo del Nilo, rellena los cimientos ciclópeos de Ménfis.

¿Que queda de los pueblos de la Mesopotamia? ¿Quien podría descubrir el sitio, cuna del primer hombre? ¿Qué queda de las primeras ciudades del Asia? Ruinas informes, inscripciones indecifrables aparecen en los pueblos bíblicos como ligeras reminiscencias de la época de los patriarcas—Troya está en lo invisible: el fuego acabó con Sodoma y Gomorra; de los pueblos á orillas del Quersoneso Táurico quedan sombras: Babilonia es un enigma. Pasó la onda del olvido sobre el mundo antiguo, sepultando generaciones, pueblos, y civilización y barbarie. Por donde quiera está el arte derribado, el altar mudo, y la gruta sin sibila, la esfinge sin oráculos y las catacumbas sin luz.

Visitad las ruinas del Asia Menor, del Cáucaso, de la China, de la India, cuna del género humano; seguid al Mediterráneo y las emigraciones de los pueblos de Oriente á Occidente.

Recorred todas las faces de la civilización desde su origen hasta el descubrimiento de América, donde aparecen las obras gigantescas de Copan, los monumentos aztecas é incas, restos de una civilización asiática que se pierde en la noche del tiempo, y por todas partes tropezareis con esas ruinas de la historia, mudas, imponentes: sepulcros del mundo antiguo, donde el hombre es huésped del momento.

La naturaleza, con sus fuerzas las ha revestido, desde que desapareció el elemento humano, y se ocupa sin cesar en derribarlas por completo, para apoderarse de los materiales que le pertenecen.

¿Cómo obran las fuerzas de la naturaleza sobre las ruinas de la historia? Demueven y triturarán separando los simples que tomó el primer arquitecto, para devolverlos á sus montañas, á sus ríos, á los vientos. Poco le importa el arte. ¿No es ella el arte por excelencia, obra del Arquitecto Divino? ¿Qué le importan las inscripciones de los pueblos, los obeliscos simbólicos, los sepulcros, pirámides, y las ciudades levantadas por el trabajo de los siglos, si todos los materiales de la obra humana son suyos, y suyo lo ideal, la estética animada, el soplo de la vida? Todo le pertenece, el presente como el pasado, como lo venidero.

Pero si las ruinas del hombre desaparecen en el curso del tiempo, las de la naturaleza no hacen sino cambiar de forma. En estas, la decadencia es un episodio, el cambio un progreso. La armonía es la ley, y la belleza multiforme el objeto final de todas las fuerzas. Despues de la tempestad, el sedimento de las inundaciones es abono fertilizante; la cima que se desmorona, dá arenas al valle: el fuego es agente civilizador; tras de la lava viene la planta: la putrefacción es alimento, la muerte es agente de la vida.

La destrucción en la naturaleza es aparente, la ruina transitoria. En la soledad de toda ruina hay siempre un ser que interpreta. Una flor entre las breñas, un insecto que zumba, el pájaro viajero que se posa sobre la rama del arbol calcinado, el hombre mismo en su recogimiento contemplativo, evocando la imágen de los recuerdos: en todo hay algo del alma creadora que fecunda el universo.

¿Dónde encontrar el país de las ruinas? Buscadlo en esos lugares que fueron en remota época presa del fuego; allí lo encontrareis, no informe como el monton de escombros hacinados que deja el incendio, sino como creaciones armónicas de un nuevo órden, sublimes en su grandeza plástica. — A. R.

(Continuará)

## POESIAS

*El último adiós*

—Llegó el momento de la partida  
 Y estamos tristes solos los dos,  
 El llanto inunda su casto seno ;  
 Apenas puedo decirla, adiós !  
 —Brotan del alma puras palabras,  
 El llanto en gotas cae de dolor,  
 Mis manos buscan sus blancas manos ;  
 Su faz se inclina llena de amor.  
 —La brisa amiga gimiendo pasa  
 Dejando suave murmullo en pos,  
 El Sol se oculta triste en su ocaso....  
 Todo nos dice postrero ; adiós !  
 —Ansiosas laten dentro del pecho  
 Nuestras dos almas con igual son,  
 Con yertos lábios, trémulo beso  
 Su frente y llora mi corazón.....  
 —Y entre suspiros y entre sollozos,  
 Entre mil himnos me habló su voz  
 Para decirme con toda el alma :  
 ¡ Jamás olvides mi último adiós !  
 —En ese instante la luna pálida  
 Su fostro bello de luz bañó ;  
 Y así piadosa sobre mi frente  
 Un beso en prenda de amor grabó.  
 —Y ciego amante juré adorarla  
 Como se adora la luz de Dios ;  
 Guardar su imagen y sus recuerdos,  
 Y allá en el alma su último adiós !  
 —Llegó el instante de separarnos  
 El cruel momento por fin llegó !  
 Su rostro.... triste se puso y frío ;  
 Lágrima cruda su faz hendió.  
 —Cubren de luna la luz divina  
 Raudas las nubes del viento en pos,  
 Solo la brisa, de dos amantes  
 Trae dos eternos, adiós !.... Adiós !!

*A. Magariños y Rocca.*

*A la memoria de mi malogrado amigo  
 Gaspar Alonso Gutierrez*

## ELEJIA

## I

En la flor de la edad, cuando la vida  
 Nos parece mas bella y mas segura ;  
 Cuando lucen las horas de ventura  
 Y risueño se mira el porvenir ;

Cuando con el amor de padre acariciabas  
 El primer vástago que te diera el cielo,  
 Delicia del hogar, tu dulce anhelo....  
 ¡ Para siempre dejaste de existir !

## II

¡ Dejaste de existir ! Mas tu memoria  
 Guardará con aprecio y simpatía  
 Toda esa juventud que concurría  
 A escuchar de tus lábios la verdad.  
 Toda esa juventud en cuyas almas  
 Las prácticas del bien inoculabas  
 Y el hermoso ideal les enseñabas  
 Que persigue en su afán la humanidad.

## III

Dichoso aquel que al espirar tranquilo  
 Del cumplido deber tiene conciencia  
 Y al repasar las horas de existencia  
 Solo encuentra en su hechos la virtud ;  
 Que deja en torno infinidad de amigos,  
 Personas que lo estiman y lo quieren  
 Y que á un mismo sentir todas se adhieren \*  
 Rodeando entristecidas su atahud.

## IV

Nunca su tumba yacerá en olvido  
 Entre el cesped perdida, solitaria,  
 Pues habrá quién sobre ella una plegaria  
 Eleve con cariño, con fervor ;  
 Quién derrame una lágrima amorosa  
 A fuerza del afecto desprendida ;  
 Quién coloque en su borde, dolorida,  
 A su memoria, delicada flor.

## V

Yo que triste lamento desde lejos  
 Del amigo la pérdida, querría  
 Un momento siquiera la losa fria,  
 Un minuto tan solo contemplar  
 Para dar expansion al sentimiento  
 Allí do impera misteriosa calma ;  
 Allí do aguarda con ardor el alma  
 Un misterio grandioso descifrar.

## VI

Pero ya que imposible es el deseo  
 Que en lo mas hondo de mi pecho abrigo,  
 Reciba la memoria del amigo  
 Esta pobre y sencilla produccion.  
 No es ella como yo lo deseara  
 Mi tributo es muy falto de valia ;  
 Mas espresa el cariño y simpatía  
 Que guarda incontrastable el corazón.

*I. Ogazon Merino.*

Salto, Octubre de 1880.